

Krzysztof ULANOWSKI: *Neo-Assyrian and Greek divination in war*, Leiden/Boston: Brill, 2021, 572 pp. ISBN: 978-90-0442-939-0.

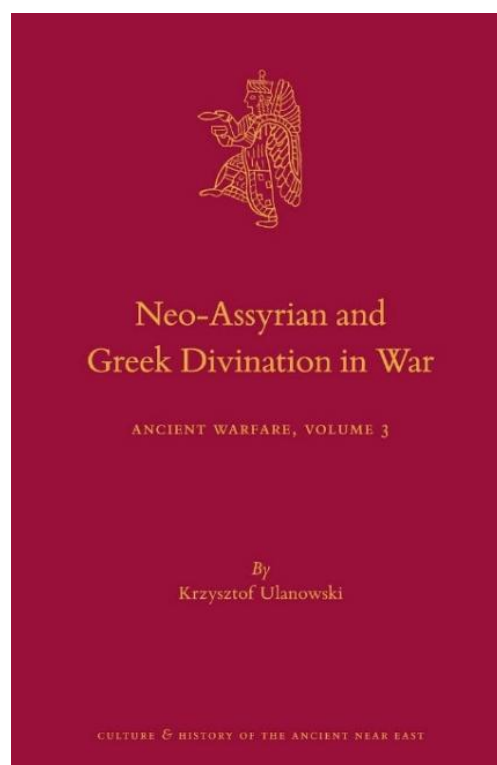
Jesús Huertas Gómez
Universitat de Girona

Los dioses también hablan en las guerras

En la *Ciropedia*, Jenofonte recrea una conversación mantenida entre Cambises I y su hijo Ciro en la que el rey persa instruye al joven príncipe sobre los pormenores de la guerra. En un momento de la conversación, Cambises subraya la necesidad de acudir a los dioses antes de los combates para discernir cómo actuar en el campo de batalla, pues, por su carácter eterno, ellos lo saben todo. Este fragmento es uno de los elegidos por Krzysztof Ulanowski, investigador de la Universidad de Gdansk (Polonia), como epígrafe y pórtico del libro que hoy reseñamos.

La separación entre la religión y otras dimensiones de la sociedad era desconocida en el mundo antiguo. La vida, tanto la individual como la colectiva, era entendida en relación con lo divino y sus manifestaciones en el mundo habitado por los seres humanos. Esta obra, publicada en 2021, explora la intersección entre la religión (principalmente a través de sus prácticas adivinatorias) y la guerra en dos sociedades del I milenio a. C. como fueron la neoasiria y la griega. En publicaciones anteriores, Ulanowski ha investigado distintas expresiones de lo religioso en contextos bélicos en Próximo Oriente. En esta ocasión, el autor realiza una investigación más ambiciosa al intentar no solamente bosquejar una comparativa entre las dos sociedades estudiadas, sino también encontrar elementos de influencia y contacto.

El libro se estructura en cinco capítulos. El primero, a modo de introducción, Ulanowski expone la relación entre la religión, lo simbólico y lo ritual con respecto a la guerra, tanto en el mundo asirio como en el griego. En el mundo asirio, la guerra era entendida en clave religiosa. El rey era un representante del dios Ashur y cada victoria suponía un triunfo frente a los dioses de los enemigos. Por tanto, el imperialismo practicado por los asirios estaba sustentado en la superioridad de sus dioses, y los actos de



rebeldía política suponían una auténtica apostasía. Del mismo modo, la guerra en el mundo griego estaba también estrechamente unida a la religión y a la política. Las sociedades griegas eran de carácter agonístico, donde la competición regulada favorecía la obtención de honor y gloria. El campo de batalla formaba parte de estas mismas dinámicas. De acuerdo con el autor, tanto los griegos como los neoasirios comprendían que los dioses intervenían directamente en las contiendas. Esto dio pie al desarrollo de diversas prácticas ritualizadas destinadas a interpretar los conflictos y a definir el modo de proceder en ellos. Una vez expuestas las características principales, el autor realiza una brevísima aproximación a los potenciales contactos entre griegos y neoasirios (pp. 32-34).

El segundo capítulo se centra en las prácticas adivinatorias en Mesopotamia. La adivinación mesopotámica, al igual que en otras sociedades de la Antigüedad, se basaba en la convicción de que los dioses querían comunicarse con los seres humanos y, para ello, dejaban una serie de signos en el mundo de lo sensible. Por medio de su interpretación, podía descubrirse qué era lo que cada divinidad esperaba de la humanidad en las distintas coyunturas históricas.

Ulanowski traza un recorrido histórico por la tradición adivinatoria mesopotámica, identificando sus raíces en el III milenio a. C., especialmente en la práctica de la extispicina, esto es, la adivinación a partir de las entrañas de los animales. La consolidación de este tipo de literatura se produjo durante el período paleobabilónico, momento en que estas prácticas comenzaron a vincularse a la diplomacia y a los asuntos militares. Los adivinos, en cuanto mediadores entre lo humano y lo divino, se integraron en los consejos reales, acompañaron la marcha de los ejércitos o desempeñaron funciones como diplomáticos o espías. Entre las principales prácticas del período destacan la extispicina (*bārûtu*), la fisiognomía (*alamdimmû*) y el estudio de nacimientos con malformaciones (*izbu*). A diferencia del mundo griego, el destino en las sociedades mesopotámicas se podía revertir por medio de los rituales apropiados. Entre los más singulares se encuentran los *namburbi*, vinculados a la adivinación celestial y destinados a revertir malos presagios mediante encantamientos (*āšipūtu*) y letanías de expiación (*kalûtu*).

El capítulo subraya la dimensión que adquirieron los adivinos en la guerra. Acompañaban al rey y su reputación aumentaba cuando sus predicciones se traducían en victorias. Los archivos reales de Nínive ponen de manifiesto cómo los reyes neoasirios dependían de los informes adivinatorios para tomar decisiones de gran calado. Las consultas a divinidades como Shamash o Adad, por tanto, orientaban el transcurso de las batallas. Sin embargo, como señala Ulanowski, la adivinación no se utilizaba solamente en contextos bélicos, sino que de ella dependían también la prosperidad de las ciudades y el mantenimiento del favor divino. De hecho, es realmente interesante la labor de recopilación y codificación de los presagios que impulsaron los reyes asirios para poder consultarlos en otros momentos.

El tercer capítulo prolonga coherentemente la línea argumental del libro al trasladar el foco hacia la adivinación en el mundo griego, donde se confirma la profunda imbricación entre guerra y religión. Lejos de constituir una esfera autónoma, la práctica bélica se insertaba en un orden religioso que regulaba tanto las decisiones estratégicas como los ritmos mismos de la acción militar. Antes de iniciar cualquier campaña, las ciudades consultaban oráculos panhelénicos y sometían sus respuestas a deliberación colectiva. Tras este proceso, la guerra se podía declarar formalmente. En el transcurso de la campaña, las consultas a adivinos (*manteis*) o intérpretes de oráculos (*khreismologoi*) eran frecuentes.

La experiencia religiosa central en la guerra era el sacrificio. Ulanowski apunta a dos tipos fundamentales. Por un lado, estaban los *hierai*, que se realizaban en el campamento con fines adivinatorios. Por otro lado, se encontraban los *sphagia*, que se llevaban a cabo justo antes del combate con un fin propiciatorio. Ambos rituales constituían partes indispensables del desarrollo de los instantes previos a la contienda. Había otro tipo de rituales que se utilizaban para momentos específicos.

El *mantis*, el adivino, adquiría prestigio en función de la eficacia de sus interpretaciones. No solo acompañaba al ejército, sino que también participaba activamente en la toma de decisiones. En ocasiones, además, podía desempeñar funciones militares. La asociación entre la destreza bélica y la capacidad de adivinación era común en el mundo griego.

El capítulo aborda el alcance de las prácticas de adivinación en la guerra. Más allá de su inherente función legitimadora o del impacto moral que tenía sobre las tropas, el autor sugiere que la adivinación funcionaba como un mecanismo de gestión de la incertidumbre, otorgándole un marco de sentido y haciendo relativamente controlable la experiencia del combate. En esta línea, Ulanowski pone de manifiesto que existió cierto escepticismo con respecto a la adivinación en algunos ámbitos del mundo griego, cosa realmente infrecuente en el ámbito mesopotámico.

El cuarto capítulo constituye el núcleo central de la obra. A lo largo de sus páginas se ofrece un exhaustivo análisis de las técnicas de adivinación utilizadas en la guerra tanto en el mundo mesopotámico como en el griego (pp. 169-449). La extensión del capítulo refleja la complejidad y la diversidad de estas prácticas, aunque el lector podría agradecer una división en secciones más manejables, pues este apartado constituye un libro en sí mismo. Por otro lado, el autor mantiene la tensión comparativa durante su desarrollo, mostrando simultáneamente los paralelismos y diferencias entre ambos contextos culturales.

Cualquier fenómeno cotidiano podía ser interpretado como un presagio: un estornudo, un tropiezo, un espasmo corporal, un encuentro fortuito o incluso la audición accidental de un nombre. Los fenómenos celestes —relámpagos, eclipses, cometas y estrellas fugaces— y las lluvias inesperadas también adquirirían valor adivinatorio, aunque

no todos los sueños eran necesariamente significativos. La adivinación se integraba así en la experiencia cotidiana, constituyendo un sistema de interpretación de la voluntad divina altamente sensible al entorno y a la percepción de los individuos.

La extispicina era la práctica más conocida en ambos contextos. En Mesopotamia, el intérprete observaba hígado, pulmones y corazón para determinar la voluntad de los dioses, siguiendo un protocolo binario de preguntas y respuestas en el que la divinidad respondía con un sí o un no a las consultas explícitas del intérprete. Este procedimiento no solo revelaba la decisión divina, sino que servía también para estructurar la información que luego había de recibir el rey y, posteriormente, la comunidad. Los registros conservados muestran a menudo a un monarca vulnerable, consciente de los peligros que le rodean: una imagen muy distinta a la proyectada por la documentación oficial.

El capítulo también se ocupa de la adivinación celeste, especialmente en el contexto neoasirio, donde la observación de los cielos estaba bajo control estatal y orientaba decisiones políticas y diplomáticas. Fenómenos como eclipses o movimientos de planetas eran interpretados como augurios de eventos de gran trascendencia, incluyendo la suerte del rey y el éxito de las campañas militares. Esta tradición, aunque menos sistemática en Grecia, influyó notablemente en la astrología helenística y se desarrolló a partir de modelos mesopotámicos transmitidos a través de Egipto, alcanzando relevancia durante la época de Alejandro Magno.

Otros métodos explorados incluyen la ornitomancia u ornitoscopia, que analizaba aves tanto muertas como vivas, y la cledonomancia, basada en palabras fortuitas. En estos casos, la interpretación combinaba observación minuciosa, conocimiento técnico y sensibilidad hacia la voluntad divina. Fenómenos naturales como terremotos, rayos, vientos y lluvias, así como nacimientos inusuales o rumores —la *pheme* griega—, eran también signos que podían alterar la marcha de una campaña. Los augurios influían, en la moral del ejército, en decisiones estratégicas y en la legitimación de acciones militares, reforzando el vínculo entre religión y guerra.

El capítulo destaca por su rigor y profundidad, ofreciendo explicaciones detalladas sobre cada rito, su procedimiento y su interpretación, y situándolos en un contexto comparativo que permite apreciar tanto la funcionalidad práctica de la adivinación como su dimensión simbólica. Ulanowski proporciona herramientas analíticas para entender cómo estas prácticas condicionaban la estrategia militar y la percepción del riesgo, mostrando que la adivinación era un elemento estructurador de la acción y la experiencia bélica en el mundo antiguo.

El último capítulo aborda la posible influencia del mundo mesopotámico sobre las prácticas adivinatorias griegas (pp. 450-488). El autor sitúa esta dimensión en una auténtica *koiné* en el Próximo Oriente y en algunas zonas del Mediterráneo oriental. En este marco, Asia Menor se descubre como un espacio privilegiado de contacto cultural.

A caballo entre los dos mundos, esta región actuó como puente en la difusión de técnicas adivinatorias. A través de esta relación, el autor explica que los oráculos más antiguos del mundo griego o el origen de las sibilas se hallara precisamente en esta región. A ello se suma la intensa red de contactos políticos y militares: jonios y frigios mantuvieron relaciones comerciales y alianzas frente al poder asirio, mientras que Chipre pudo constituir otro escenario de interacción directa entre griegos y orientales ya en época de Sargón II.

Sostiene el autor que la movilidad de especialistas tuvo un gran impacto en la difusión de estas prácticas. Las fuentes del Próximo Oriente muestran cómo videntes, médicos o exorcistas recorrieron distintas cortes, favoreciendo la circulación de saberes. Casos como el del profeta Balaam o las solicitudes de expertos por parte de Ugarit, Hatti o Chipre ilustran estas dinámicas.

El capítulo insiste, además, en la necesidad ensanchar nuestra imagen del mundo griego más allá de la ciudad de Atenas. Las prácticas religiosas y adivinatorias del ámbito griego fueron mucho más diversas y estuvieron especialmente abiertas a influencias orientales en sus zonas periféricas. En este sentido, las conexiones bélicas resultan igualmente reveladoras: la presencia de mercenarios griegos en Oriente o la influencia neoasiria sobre regiones como Lidia y Caria favorecieron contactos que trascendieron lo estrictamente militar. Con todo, Ulanowski no pierde de vista las diferencias. Aunque algunas prácticas parecen haber llegado a Grecia entre los siglos VIII y VI a. C., el sistema adivinatorio griego era más flexible y menos sistematizado que su contraparte mesopotámica. Frente a la complejidad técnica y la especialización profesional del Próximo Oriente, el adivino griego concentraba múltiples funciones en una sola figura y operaba con esquemas menos rígidos.

Esta monografía sintetiza un tema complejo y repleto de aristas. Lejos de rehuir el desafío historiográfico que supone la comparación de dos sociedades tan distintas, esta obra lo afronta con solvencia y contribuye a la reflexión sobre las fascinantes formas de racionalidad presentes en la Antigüedad. Ulanowski pone constantemente en diálogo las interpretaciones historiográficas propias con aquellas vertidas por distintos especialistas, sumiendo su obra en un fecundo diálogo con distintas líneas de pensamiento. Las citas directas de fuentes primarias son abundantes y, pese a su longitud en algunos casos, no hacen sino enriquecer el texto, puesto que el lector podrá disfrutar continuamente de la riqueza de estos sugerentes textos. No obstante, hay materiales, fuentes e ideas que se repiten en distintos lugares de la obra. Esto no supone un problema en sí mismo, pero en determinados momentos da la sensación de que el libro podría haberse beneficiado de una labor de condensación, sin perder por ello rigurosidad o coherencia interna.

En definitiva, estamos ante un libro de enorme atractivo para cualquier persona interesada en el mundo antiguo o en fenómenos universales como la paz, la guerra o, por

supuesto, la religión. Pese a centrarse en dos ámbitos culturales concretos, Ulanowski intenta hacer que cada capítulo respire por sí mismo y pueda funcionar de forma autónoma. Gracias a esto, el lector no especialista podrá seguir la lectura sin necesidad de estar familiarizado por completo con los contextos o las fuentes.